

**Oh Cristo Jesús, lazo de unión
de los pueblos y las gentes.
*Ven y reúne a los hombres un solo cuerpo***

Fronteras cerradas, recelos en el corazón, acusaciones siempre a punto, rencores guardados desde tiempos inmemoriales. Somos de la misma carne y sangre, nacidos de la única palabra creadora de Dios que nos entregó unos a otros como riqueza mutua. Pero lo hemos olvidado.

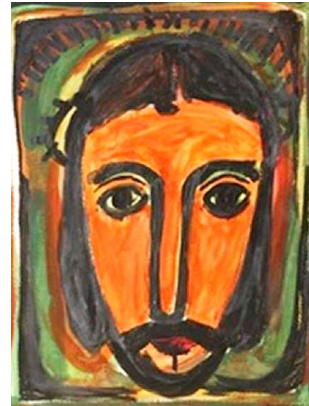
Esperamos al Señor que tiene sitio en su cuerpo para unos y para otros. Le esperamos porque sabe acoger en una misma mesa y reconciliar a los que estamos enfrentados. Lo esperamos porque estamos cansados de luchar unos con otros y no sabemos cómo salir de esta dinámica de muerte. Le esperamos porque en su cuerpo caben hombres de toda lengua, raza y nación. *Ven Señor Jesús.*

**Oh Cristo Jesús, Dios-con-nosotros,
presencia santa del Amor en nuestras vidas.
*Ven y abrázanos con la vida eterna de la divinidad***

Cuanto miedo a no ser nada, a ser despreciables, a no tener valor. Cuanto miedo disfrazado de presunción, de vanidad, de orgullo. Cómo tiembla nuestro corazón cuando nos dejan de lado, cuando nos vuelven la mirada, cuando nos creemos olvidados.

Esperamos al Señor que trae la mirada nunca retirada del amor que nos creó, el abrazo complacido de Dios con nuestra carne débil, mediocre, pecadora. Esperamos al Señor porque en él nos sabemos valiosos aun sin hacer nada, amados aun sin merecerlo. Le esperamos porque en su misma eterna divinidad hace sitio para la pobreza de nuestro ser diluyendo nuestros miedos. *Ven, Señor Jesús.*

Oh Cristo Jesús...



Todos buscamos el reposo de un rostro que nos abrace, que nos libre de nuestros miedos y miserias, que nos ayude a reconocernos y entendernos, que nos impulse a compartir la vida y encontrar alegría al hacerlo. Un amor que no se gaste, que soporte la mediocridad y la traición, el paso del tiempo y la muerte.

Todos buscamos a Dios aun sin saberlo. Todos buscamos la fuente de la eterna juventud, de la eterna vivacidad, del eterno gozo. Buscamos. Lo hacemos bien o mal, pero buscamos. Vendiéndonos a realidades que sonando bien terminan por desafinar o entregándonos a Dios y soportando la tensión de su distancia. Buscamos y esperamos que exista este hogar que alguien dibujo en nuestro corazón y que hace de nosotros aves migratorias en busca de una vida completa, armónica, consumada.

Este mes, cuando la sociedad nos invita a olvidar esta búsqueda profunda entregándonos a la vorágine de las luces artificiales y el consumo desenfrenado, la Iglesia nos invita a centrar la mirada en Cristo y esperarle, invocarle, llamarle... no solo desde tu propia vida, sino desde el corazón mismo de la humanidad que lo anhela desde siempre, incluso sin saberlo.

**«HE AQUÍ, YO VENGO PRONTO -DICE EL SEÑOR-.
BIENAVENTURADO EL QUE ME ESPERA
VESTIDO CON MI PALABRA EN SU CORAZÓN»**

**Te ofrecemos siete aclamaciones a Cristo para
que durante el adviento las repitas meditándolas.
No te importe hacerlo una y otra vez.**



Oh Cristo Jesús, sabiduría humilde que te haces carne para enseñarnos la verdad y la justicia.

Ven y muéstranos los senderos de la vida verdadera

Casi todos vivimos como si naciéramos enseñados, como si ya lo supiéramos todo. Nadie parece querer aprender, reconocer con humildad que ha necesitado y necesita de los demás. Sin embargo el Hijo de Dios se dejó enseñar por María y por la historia de su pueblo, y aprendiendo nos enseñó el camino de la salvación, los caminos de la verdad y la justicia, los caminos de la armonía de la creación.

Solo podemos esperar al Señor si somos humildes, si reconocemos que hemos de aprender de él a vivir la verdad y la justicia. Pide a Cristo que venga como sabiduría del corazón para que los hombres y mujeres de nuestro mundo podamos caminar en verdad. *Ven, Señor Jesús.*

Oh Cristo Jesús, pastor que conduces a tu pueblo hasta las moradas de la eternidad.

Ven y arráncanos del pecado que nos aleja de ti

Casi todos hemos elegido los caminos de una vida cómoda, protegida, sin problemas. Pero estos llegan, antes o después, a callejones sin salida. Muchas veces hemos quemado las naves, lo hemos entregado todo a esa carta y nos topamos con que todo es efímero, fugaz, perecedero... y vivimos desconsolados.

Esperamos al Señor cuando buscamos la vida verdadera. Y lo esperamos de verdad si estamos dispuestos a seguirle más allá de una vida plácida. Esperamos solo cuando sabemos renunciar al pecado de la codicia que quiere poseerlo todo porque cree que así tendrá vida plena, y al pecado de la indiferencia con el que pretendemos vivir en paz. Esperamos al Señor para aprender a compartir la vida y así ensancharla hasta la altura de Dios mismo. *Ven, Señor Jesús.*

Oh Cristo Jesús, renuevo en el tronco de la carne humana envejecida por el pecado.

Ven y restaura la vida perdida



¿Quién puede confiar en este viejo tronco de humanidad tan desgastado en su vitalidad primera, cuyos frutos ya no saben a santidad?

Sin embargo, **el Hijo se injerta en esta carne y hace brotar de ella vida nueva**, santidad que tiene el gusto de lo bueno. Él se injerta en toda carne, también en la tuya para renovar su sabiduría, confiando en que el viejo árbol todavía puede dar fruto. Esperamos confiando con su misma confianza. *Ven, Señor Jesús.*

Oh Cristo Jesús, llave que abre el futuro cuando todas las puertas se cierran. Ven y siembra la flor de la esperanza en nuestras vidas

Tantas puertas se cierran en nuestra existencia. Algunas desde fuera, cuando la trama de nuestra vida se corta por la acción de los demás sobre nosotros (desilusiones, traiciones, golpes, rechazos...). Otras desde dentro, cuando nuestras elecciones se vuelven contra nosotros mismos (debilidades, pecados...).

Esperamos al Señor en este punto muerto, en esta estepa de niebla que nos roba el horizonte, que nos hace creer que ni el mundo ni nuestra vida tienen remedio ni solución.

Cristo viene para arrancar al hombre de la desesperanza, a abrir las puertas a la fuerza creadora de Dios que puede sacar vida del caos. ¿Tú crees? Pues di: *Ven, Señor Jesús.*

Oh Cristo Jesús, amanecer de vida tras la noche de la muerte.

Ven y líbranos de las garras de la corrupción

Hay tantas cosas que se mueren cuando estuvieron llenas de vida. Tantas cosas que no podemos sostener cuando cae la noche de la muerte. Pero con su encarnación Cristo abrazó la noche para dar a luz el día sin ocaso. Entró en los dominios de la muerte para levantarse como sol de una mañana eterna para el mundo.

Esperamos al Señor junto a los sepulcros de nuestra historia. Esperamos que él mismo se haga uno con toda carne y que junto a cada fragmento de la creación entre en el sepulcro y desde dentro los haga resucitar vestidos de luz y vida para siempre. *Ven, Señor Jesús.*